

LA CIUDAD DESNUDA

Es de noche, a oscuras va caminado por esta ciudad. Es una ciudad que no conoce, apenas hace unos meses que vive en ella. Es bonita, pero tiene un ritmo al que aún no se acostumbró.

Extraña haber vivido en otro lugar. Ese lugar donde los pájaros hacen nidos en tu ventana, donde el canto de los gallos en ocasiones te despierta a la hora del alba. Ese alba que deja tan rojizo el cielo.

Pero uno viene a la ciudad y la encuentra como desnuda. Sin esa nostalgia que se suele tener en una vida que no es la del ritmo apurado. Que no es la de ver un mar de gente caminando todos apresurados y sin verse a los rostros, sin saludarse, sin mirarse.

La ciudad siempre presenta situaciones que son difíciles de resolver para alguien que estuvo su vida en un pueblo. La ciudad en ocasiones se convierte en un gran enigma a deducir. Un enorme acertijo de calles y casas mientras vas gambeteando autos y hastíos.

Por decirlo de una manera, en un pueblo todo es más sencillo. La rutina confronta el caos. Las estrellas brillan de manera perenne. Es muy fácil comprarse ropa o comer en algún restaurant, dado que se compra y se come en los únicos lugares que existen. Y si existe más de uno, una vez se va a uno y la próxima al otro; no vaya a ser que después en la calle, no te saluden sus dueños.

La ciudad está llena de luces, de ritmo, de gente andando a toda hora, pero en el fondo es como si estuviera entregada al vaivén de los hechos que trascienden más allá de lo que uno espera de ella.

Las ciudades tienen también riegos... vidas que se pierden en los motivos de algunas búsquedas, motivos sensibles que marcan destinos, y en las noches de tormenta cuando se busca algún rincón donde hospedarse para encontrar vida. La ciudad está llena de historias anónimas.

II

La noche es calurosa. La noche cabalga entre la euforia y la tristeza. En noches como estas, la pesadumbre pesa el doble que en una noche de frío. El cielo está absolutamente estrellado y una luna gigante acompaña la ceremonia rutinaria de la vida.

Esta ciudad a Esteban le parece inmensa. No sabe más qué hacer. No conoce mucha gente, y en ciertos días quisiera estar en otro lado, en otro espacio y tiempo, pero está en esta ciudad, en este lugar que no respira más que un aire espeso.

Esteban sufre el peor de los desamparos, la peor de las tristezas y la soledad en la que se encuentra es una puñalada certera en el corazón. Está sentado frente a una máquina tragamonedas como un idiota. Como si esa máquina inmensa no solo tragara monedas, si no también tragara vida.

No reacciona, mira detenidamente el gigante aparato y se le dilatan las pupilas forzando la lucha contra el sueño. Ha perdido la noción del tiempo, no sabe ni cuál es la hora y no sabe prosigue esto.

Mira detenidamente, con una respiración lenta y ese sabor amargo, ese sabor a hiel, le corre por la boca. De a ratos llora. Pero llora en silencio. Los sonidos y el ruido no perturban lo que siente.

Tantas veces se dijo a sí mismo que no debía ir al casino, el mismo casino que está a la vuelta de su casa en pleno centro, en esta ciudad que está tan desnuda y que desampara tanto. Lo desampara tanto que no le da ningún sostén, ningún abrazo en su caída libre al precipicio.

Fue el mismo casino el que en un golpe de suerte, la primera vez que ingreso a jugar, lo premió con el equivalente al doble de su sueldo. Desde ese momento algo le marcaba un destino diferente a lo que es hoy, y a lo que estaba acostumbrado.

Esteban sigue sentado mirando la máquina que emite muchos sonidos, colores y luces que impactan de manera brusca en los sentidos. Sabe que no puede seguir así. Pero es más fuerte que él. Sabe de su fracaso, piensa sobre la situación y llora desconsoladamente como si las persianas se cerraran y no supiera cómo seguir, cómo abrirse paso. Se mira las manos y tiembla. Hace días que no come (y cuando lo ha hecho, ha sido simplemente para saciar el hambre que a veces lo adormece). Siente el latido de su corazón y está acelerado.

Sentado frente a esa máquina recuerda que por seguir detrás del juego perdió el amor de la única mujer que ha amado. Aquella mujer que no sólo lo ayudó a encontrarle sentido a su vida, mientras transcurría de la joven juventud a la joven adultez. Lo ayudó en las cuestiones más cotidianas y simples... como cuando no tenía ganas de estudiar esas aburridas materias para ser abogado y se quedaba cebándole mate para que pueda hacerlo y así terminar la carrera elegida.

Pero ella se hartó de sus mentiras. De sus engaños. De no pensar ni un poquito en su vida. De no tenerla en cuenta para nada. Pero no lo juzga, quiso ayudarlo y no pudo, quiso comprenderlo y no se dejó.

Para Esteban el amor que más quería en ese momento se fue. Se alejó.

Sentado frente a esa máquina no deja de tener confusas imágenes y la recuerda. Lloro y siente que algo le aprieta el pecho. Lloro y mira detenidamente esas luces de colores que por algunos segundos lo distraen.

Sabe que perdió todo lo que tenía. Pero sabe también que ni siquiera es por el dinero. Trabaja al día siguiente y en pocos días tendrá de nuevo. Pero tener dinero es volver a ese lugar. Jugando desenfrenado se le va la noción del tiempo. No quisiera volver a ese lugar, pero tampoco tiene amor que lo sostenga, que lo ayude.

Esteban tiene ideas confusas. No tiene noción de cómo seguir. Tampoco la certeza de si quiere seguir. Mira la gente buscando respuestas y todos están en sí mismos. Nadie lo ve llorar. Nadie lo ve con esa tristeza. Que no puede. Nadie lo ve. No.

Tiene deudas y ya no tiene dinero. Tiene deudas y ya no tiene amor. Se siente enfermo y no sabe pedir ayuda. Siente miedo y no sabe por dónde seguir.

No sabe cuánto tiempo lleva sentado allí, mirando esa máquina, en esta ciudad que lo hunde más en su dolor. Es una ciudad desnuda. Y él sabe que cuando llegue a su casa, será momento de cambiar. Posiblemente será volver al pueblo o al mismo infierno.

III

Esteban, decide salir de ese encierro donde ha perdido todo su dinero. Además ha perdido las ganas de seguir vivo. Su confusión lo asfixia. Camino a su casa llora sin consuelo. Sabe que al llegar estará solo. También cree que es una manera de cambiar. De no seguir así. No puede. Lo pierde todo. No gana nada. Eso lo enloquece. Eso lo entristece.

Sabe también que no tiene muchas más posibilidad de cambiar. Es ahora o nunca. Es hoy cuando le duele el pecho, cuando le duelen las manos. Cuando la tristeza del amor perdido le perfora las tripas. Si sigue así, mañana ya será tarde. No le quedan más alternativas.

IV

La historia de Esteban es la historia de un pibe cualquiera, de cualquier familia, de cualquier barrio, de cualquier lugar. Es la historia de alguien que no sabe qué hacer, pero sabe que no siempre lo que indican las ganas está bien. Sabe que no está bien, porque sufre y llora. Lloro como un niño luego de la macana y sabe que se le viene la penitencia. Es obvio que en el adulto no hay penitencia, hay apenas una sensación de vacío que no se llena con las banalidades de la vida cotidiana.

Esteban es uno más que deambula como un muerto en este montón de sombras en esta ciudad desnuda.